



MARY OF NAZARETH (2012)

Cuestionamientos marianos

María en los evangelios

Pedro Trigo, s.j.*

Hay cientos de imágenes diversas de María. Muchas de ellas son muestras eximias de la inculturación del evangelio a las diversas culturas. Pero la pregunta que nos tenemos que hacer respecto de cada una es si son compatibles con María de Nazaret, porque la madre de Jesús y madre nuestra es únicamente María de Nazaret. Si son

compatibles, tiene pleno sentido que las veneremos. Pero si no lo son, estamos venerando a una mera proyección de nuestros deseos y sueños o de los que las concibieron y nos las proponen. La única manera de comprobarlo es ir a los evangelios y hacernos cargo de lo que nos dicen de ella. Es lo que haremos a continuación



MARY OF NAZARETH (2012)

Por eso no tener hijos era cesar la pertenencia a Dios de ese núcleo familiar y para remediarlo estaba la ley del levirato: si alguien moría sin hijos el hermano del fallecido tenía que casarse con la viuda para darle hijos a su hermano.

o haremos en dos fases: la primera será analizar los datos más resaltantes. La segunda, indagar el misterio de su persona, tal como aparece en ellos.

Respecto de lo primero, los dos datos históricos que hay que componer son el de que Jesús rompió con su familia (con su madre y con sus hermanos: Mc 3,31-35) y el que María estaba al pie de la cruz con el discípulo al que Jesús quería (Jn 19,25-27).

JESÚS DESCONOCIÓ A SU FAMILIA

El primer dato es no solo sorprendente en su época sino absolutamente revulsivo, inasimilable en su contexto evangélico. Estando enseñando en una casa, le avisan que su familia lo busca. La gente espera que les diga que esperen a ver si es para darle algún recado o lo requieren de modo más permanente. Si fuera esto segundo, la gente entiende que se despida porque uno se debe a su familia. En cambio, Jesús desconoce a su familia de origen afirmando que su familia son los que escuchan la palabra de Dios y la ponen en práctica, es decir, esos que lo escuchan a él como voz de Dios para dirigir su vida por las directrices que les da.

Esto tuvo que resultarles inasimilable porque la persona se debía a su familia y la sociedad se estructuraba desde la familia, de modo que el emperador podía considerarse como el paterfamilias de todo el imperio. En Roma esta prevalencia de la familia quedaba plasmada en el segundo nombre de los tres que llevaba cada ciudadano, que era el decisivo; el primero era el que designaba al individuo y el último el de su padre¹. En Grecia la centralidad de la familia se plasmaba en que la democracia no se estructuraba en base a individuos sino a núcleos familiares y el ciudadano que asistía a la asamblea era el representante de la familia. En el judaísmo la familia era el núcleo de la alianza; así consta cuando se enumeran en el libro de los Números o el de Josué los que salieron de Egipto y entraron a la tierra prometida, se los nombra por sus familias. Por eso no tener hijos era cesar la pertenencia a Dios de ese núcleo familiar y para remediarlo estaba la ley del levirato: si alguien moría sin hijos el hermano del fallecido tenía que casarse con la viuda para darle hijos a su hermano.

Romper con la familia era perder la ubicación y la identidad, era colocarse al margen.

Pero, en contra de lo que dicen numerosos autores, no vemos asidero en los evangelios para considerarla discípula de Jesús: nunca se la ve escuchando su palabra y poniéndola por obra. No aparece en ellos como seguidora de Jesús. Aparece como discípula de Dios.

Esto tuvo que escandalizar muchísimo, así como, ligado a ello, la decisión de Jesús de no casarse. La explicación es que Jesús viene a constituir la familia escatológica de las hijas e hijos de Dios, “a reunir (se entiende que en una familia) a los hijos de Dios que estaban dispersos” (Jn 11,52). No viene a constituir su propia familia sino la de Dios, ante quien él se sitúa como Hijo. Reúne a la familia, no como paterfamilias sino como primogénito (Mt 23,9; Col 15,18).

Así pues, ese acontecimiento, absolutamente contracultural, no expresa ningún juicio negativo sobre su familia. A través de ella Jesús bebió la fuente más pura de la tradición yahvista: la de los pobres de Yahvé. Por eso solo la dejó cuando, tras el acontecimiento del bautismo, fue llamado a historizar lo que allí había sucedido. Lo que vivió en su familia fue el humus en el que germinó todo lo posterior. Su vivencia fue, pues, imprescindible; pero también absolutamente insuficiente. La vivencia del bautismo, si no fue de ningún modo constituyente (ya que él tenía el Espíritu y era Hijo de Dios desde su concepción), sí fue decisiva, ya que provocó la salida de su familia para constituir, en él la familia de las hijas e hijos de Dios.

Si la madre y los hermanos de Jesús son los que escuchan la palabra de Dios y la ponen en práctica ¿cómo quedan su mamá y sus hermanos? ¿Oyeron esa palabra de la que Jesús era portador personal (él, la palabra personal de Dios, la Palabra: Jn 1,1-14) y lo siguieron como discípulos o se separaron de Jesús desconcertados? Ante todo, hay que establecer que se dio la ruptura: en su relación con él tuvieron que elegir de nuevo porque Jesús se les apareció de un modo distinto. En esas condiciones la elección giraba en torno al discipulado. A este respecto hay que decir que en el evangelio no aparece directamente cuál fue su respuesta, aunque según Juan no creían en él (7, 3-8), pero no precisa si los incrédulos fueron todos o solo parte de su familia y según Marcos fueron a llevárselo porque creían que no estaba en sus cabales (Mc 3,21), es decir porque le había entrado un espíritu; por eso, ese hablar y obrar tan diverso de todo lo que conocían de él; y ellos no sabían a dónde podía llevarlo; entendiéndolo que no lo iba a poder controlar y dirigir. También en ese evangelio se pone en boca de Jesús que “[...] solo en su casa y entre sus familiares menosprecian a un profeta” (6, 4). Esto daría a entender que no lograron conectar lo que oían de él con la apreciación que se habían formado de él a través de la convivencia de décadas en la intimidad de la casa y la familia.

En los evangelios de la infancia se presenta a María como discípula eximia de Dios: la que escucha su palabra y la pone en práctica, la que le da fe y cabida en su vida, la que se amolda para que esa Palabra acontezca personalmente en ella. Tenemos que retener este dato como una verdad insoslayable. Pero, en contra de lo que dicen numerosos autores, no vemos asidero en los evangelios para considerarla discípula de Jesús: nunca se la ve escuchando su palabra y poniéndola por obra. No aparece en ellos como seguidora de Jesús. Aparece como discípula de Dios.

MARÍA AL PIE DE LA CRUZ. JESÚS LA CONSTITUYE MADRE DEL DISCÍPULO, DE LOS DISCÍPULOS

Sin embargo, tenemos que componer este dato con el de Jesús en el calvario. Él la sitúa al pie de la cruz. La mayoría de los que tratan hoy la historia de Jesús no suelen reparar en este dato de Juan, entre otras cosas porque no puede hablarse de convergencia de fuentes. Pero, si el testimonio del cuarto evangelio no es cierto, ese evangelio es gnóstico: mera representación de ideas o vivencias de una comunidad. Es el pasaje en el que con más vigor se compromete el testimonio del evangelista o, por mejor decir, de la fuente del que escribe, que es el discípulo amado (19, 35). Si el discípulo amado no estuvo al pie de la cruz, no es testigo fiel. Por eso para mí, que, a diferencia de ellos, creo en la Escritura, es un dato histórico que María estuvo al pie de la cruz con el discípulo amado.

¿Significa esto que fue discípula fiel y que Jesús la reconoció como tal? De ningún modo: en esa escena el discípulo, según Jesús, es el otro personaje: el discípulo amado, el prototipo de discípulo. María es la mujer, constituida por él como madre de los discípulos: la personificación real, histórica, no meramente el símbolo tipológico, del Israel fiel del que procede Jesús y del que procederá la Iglesia.

Desde ahí se recupera a María como representante de los *anawin*, de los que viene el propio Jesús, aunque los trascienda. María pobre que escucha la palabra de Dios y la acoge con fe y da lugar en ella al misterio de Jesús. Este misterio es de alegría para el pueblo y para ella, pero también motivo de dolor: una espada le atravesará el corazón (Lc 2, 35). Pero ella es bienaventurada porque durante toda su vida escuchó la palabra de Dios y la puso por obra (Lc 11, 28). Esto, después de que se fue Jesús, entrañó darle vueltas en su corazón para ver cómo tenía que proceder, es decir, entregar a Jesús, en el sentido de aceptar esa nueva vida que lo separaba de ella, aceptación que

Por eso la virginidad de María no podemos entenderla como mera retracción de relaciones genitales, sino como entrega gratuita, incondicionada, y en todos los aspectos, de la persona, a Dios y a su designio.

se consumó en el Calvario como entrega al Padre de esa vida.

Para Schüssler Fiorenza, María sí percibió lo que entrañaba la vida de Jesús, pero quiso retenerlo para que no acabara en la muerte antes de tiempo. Esto es muy explicable en una madre; pero no estamos de acuerdo en que María fuese antes una madre biológica y de crianza que una creyente. Creemos, por el contrario, que fue madre porque creyó y que esa fe se mantuvo dando la pauta a lo largo de su vida.

Para Rahner, María es creyente (oyente de la Palabra) y profeta (el *Magnificat*). Es verdad, pero eso no es lo último de María. El misterio de María está en la elección de Dios como Madre de su Hijo. El misterio de María no nace de ella sino de Dios. Claro que Dios no impone su elección, sino que pide aceptación, obediencia. Pero lo primero es esa gracia de Dios, ese estar con ella (Lc 1, 28) para que a su través se realice la historia de salvación. Por eso es madre, ante todo. Y, para serlo, es creyente, discípula, pero de Dios, no de Jesús.

Jesús la proclama Madre de los discípulos, porque su fe, que se expresa desde la aceptación de su maternidad hasta la permanencia con su Hijo en la hora de la prueba y de la entrega final y la entrega de su Hijo al Padre para bien de todos, asintiendo a la entrega del propio Hijo, es como la matriz en la que se forma la fe de los discípulos.

Hemos mencionado a la madre de Jesús que formó parte de la familia escatológica de las hijas e hijos de Dios en Jesús, el Hijo único y eterno que se hizo nuestro Hermano. ¿Y qué pasó con los demás? La carta a los Gálatas (1,19) menciona a Santiago, el dirigente de la comunidad de Jerusalén, como hermano de Jesús y la carta a Judas comienza diciendo que es el hermano de Santiago. En general también se dice que en la espera de Pentecostés estaban con los discípulos "María, la madre de Jesús y los hermanos de éste, que oraban conjuntamente en íntima armonía" (Hch 1,19). Así que Jesús invitó a su familia a que formara parte de su familia escatológica y su familia respondió de modo sobresaliente.

NOTAS:

- 1 Dos ejemplos de literatos: Publio Virgilio Marrón y Quinto Horacio Flaco.

El misterio personal de María de Nazaret

Para referirnos al misterio personal de María de Nazaret comenzamos por la virginidad, para que se vea que, aunque se afirma expresamente y tiene sentido en el conjunto, está completamente en función de la maternidad divina. Por eso la virginidad de María no podemos entenderla como mera retracción de relaciones genitales, sino como entrega gratuita, incondicionada, y en todos los aspectos, de la persona, a Dios y a su designio. Como esa entrega copa todo su ser, es la que orienta su existencia hasta llegar a absorberla. Esto no excluye, de ningún modo, la renuncia, y no como algo puntual sino reiterada, a la entrega gratificante a una sola persona como mutua complacencia.

De entrada, hay que poner de relieve que el encarecimiento de la virginidad es propio del helenismo; pero está completamente ausente en el judaísmo. Por eso no podemos suponerla en María. Toda la exaltación de la Virgen en la cultura cristiana no puede retrotraerse al evangelio. Tiene que ver, por una parte, con el patriarcalismo, que excluía en una prometida relaciones sexuales prematrimoniales, cosa que no ocurría con el varón, y por otra, con la exaltación helenística de lo espiritual y la denigración de la carne, del cuerpo y señaladamente de la genitalidad. Por eso llega un momento en que se llega a sostener la superioridad del celibato sobre el matrimonio. El paradigma sería la Virgen María. Es curioso que no sea Jesús de Nazaret, que habló en forma autobiográfica de los que se hacen eunucos por el Reino (Mt 19,12). Aunque la manera tan denigrante de caracterizarlo echó por tierra cualquier exaltación.

VIRGINIDAD ANTES DEL PARTO Y DESPUÉS DEL PARTO

Sobre la virginidad de María hay que distinguir entre la concepción virginal de Jesús y la virginidad después del parto. Respecto